

Peligro en Domo 4

Tito Sans



Image not found.

Capítulo 1

El cuerpo del gato negro

Ya atardecía cuando Martín vio el cuerpo tendido sobre el césped sintético.

El sol artificial, que colgaba como una lámpara gigante bajo la cúpula que cubría la pequeña población de Domo 4, comenzaba a menguar en su intensidad, alertando que se apagaría en poco tiempo más. Martín se frotó los ojos, detrás de los vidrios celestes de sus lentes, y encendió el faro de su bici-bot.

Fue entonces cuando lo descubrió, despatarrado sobre el suave pasto, como si se tratara de una enorme C negra; se hallaba tendido en el camino que llevaba a su casa, junto a la estrecha vereda de *baldoín* *.

Martín sabía que estaba muerto; sobre eso no podía haber duda alguna. Incluso a aquella distancia, pudo ver con claridad que le habían hecho.

Martín era un chico de corta estatura □medíapoco más de un metro y medio□de pelo negro y aspecto frágil y prudente, aunque su apariencia exterior resultaba engañosa. Un chico frágil y prudente habría seguido hacia su casa. Pero él frenó la bici-bot con cuidado, la apartó de la vereda y la apoyó sobre el pie metálico. No se veía ninguna persona por los alrededores. Su madre seguramente lo castigaría si se enterara de esta parada inesperada, cuando ya estaba oscureciendo.

Pero Martín era curioso...

Muy curioso...

¡Demasiado curioso!...

Y estaba dispuesto a sufrir la reprimenda si podía averiguar algo sobre ese cuerpo tendido en el pasto.

El cuerpo de un gato negro.

El chico retrocedió un par de pasos, y luego corrió hacia la cerca. Su diminuta mano derecha se proyectó hacia delante, tocando un poste de la valla, y su cuerpo saltó ágilmente por encima. Podía haberse arrastrado por la parte inferior de la cerca, pero para Martín aquello habría resultado demasiado fácil. Se aproximó con cuidado al gato. No resultaba una visión

agradable. La garganta del animal había sido seccionada por completo. Sus orejas estaban cortadas al medio por algo muy afilado.

□¿Cómo llegó un gato hasta aquí? –se asombró Martín. Nunca habían atravesado la cúpula, y si lo hacían los sensores daban la alarma de inmediato. –Muy raro...

□Pero que tonto, te estás dejando la pregunta más importante □dijo Martín, hablando solo. □¿Quién mató a este pobre gato?

Caminó más allá del cadáver, poniendo mucho cuidado en no ensuciarse con sangre. Su madre se volvería loca. Vio unas huellas que se marcaban en el pasto artificial, no estaban muy claras pero aún podía verlas, aunque la luz era cada vez más tenue. Se acercó a ellas con cuidado.

□Qué curioso □dijo □Sólo hay una fila de huellas.

Tras acercarse aún más, se quedó inmóvil, ahogando un suspiro de sobresalto.

□Esto no tiene ningún sentido.

Pues, ciertamente, se trataba de huellas. Pero no eran las pisadas de ningún chico, ni tampoco de un adulto. Eran las pisadas de un pequeño pie descalzo ide tres dedos!.

Martín miró en dirección a los árboles de fibra, y luego a uno y otro lado.

□¿Quién podrían dejar esas huellas? □Estremeciéndose siguió las pisadas, que se dirigían a la cerca, hasta llegar a unos pocos metros de ella. Luego se detenían.

Martín se subió el cuello del abrigo, apretándolo contra su barbilla. La oscuridad comenzaba a invadirlo; el sol artificial se había puesto, y la noche comenzaba a bañar las baldosas que comenzaban a dar luz propia, lo que borraba completamente todo el rastro. No tenía caso seguir buscando.

El chico regresó a la valla, aunque en esta ocasión se detuvo ante ella y trepó por encima de la barandilla. Lo primero que hizo, después de subirse a la bici-bot, fue rascarse la cabeza.

□Esto no me gusta nada □dijo Martín. □Voy a tener que avisarle a mi mamá, aunque me rete por haberme desviado de mi camino.

Comenzó a helar sobre la cúpula que cubría la Domo 4, cuando Martín descendió de su bici-bot en la entrada de su casa. Comprobó que su aliento formaba bruma al salir de su boca.

Su casa era pequeña, de dos plantas, construida con planchas plásticas rojas y esquineros de acrílico pintados de blanco. La calle en la que vivía se extendía alrededor de una plaza no demasiado cuadrada.

En el centro de aquella plaza, rodeada por numerosos árboles de tronco de yeso, se alzaba una estatua de Adán Bliss, uno de los pocos sobrevivientes de la hecatombe por el efecto invernadero que convirtió el planeta en un lugar inhabitable, y fundador de Ciudad Unica, compuesta por cinco domos intercomunicados, con un sol artificial en común y un respirador central que purificaba el aire viciado del exterior.

Martín puso el dedo pulgar sobre la cerradura digital y la puerta se abrió con un leve zumbido.

-Mamá no me vas a creer...

*Las *baldoín* son baldosas inteligentes generan energía limpia y sustentable con la simple pisada humana accionando un dispositivo led que ilumina cada plaqueta de 45 x 60 centímetros.

Capítulo 2

Capítulo 2

Una denuncia inusual

La comisaría de Domo 4 era un edificio de dos plantas, con forma de hongo, pintado de blanco y con ventanales verdes. Una placa de *baldoín* sobre un monolito de mármol anunciaba su identidad.

Un hombre corpulento, de unos sesenta años, se sentaba en un sillón detrás de un escritorio de acrílico verde, haciendo juego con el color de las ventanas del pequeño cuarto. Jugeteaba con un par de llaves que tenía en la mano.

Un hombre de menor estatura, mucho más joven, se hallaba sentado más atrás, en una silla reclinada contra la pared, absorto en la pantalla de su computadora. Fue él quien se percató de la llegada de Martín, junto a su madre.

-¿Sí, señora Conte? ¿Algún problema en su casa?

-No, no Beto, -dijo incomoda la mamá de Martín -todo está bien, no tenemos problemas eléctricos. Deseo informar de un... bien... de un asesinato, supongo.

El Jefe de policía tosió, se puso en pie, y las llaves se le cayeron al piso de *baldoín* oscuro.

-¿Ha dicho un asesinato?

-Sí, Comisario Cores, mi hijo Martín ha visto el cuerpo de un gato, exactamente a seis cuadras y media de aquí, de camino del colegio.

El jefe de policía se ajustó los anteojos, se arregló su corbata y se agachó para mirar al niño a los ojos.

-Ahora, cuéntenos acerca de eso que... has creído ver, chico -dijo el jefe. Ahora mirando a la madre- En ocasiones, a esta hora del día, la gente

puede llegar a creer que ve...

-Creo que no había tanto destello en la cúpula como para que fuera un reflejo- dijo Martín- Además, me bajé de la bici-bot y le eché un buen vistazo. Puede estar seguro de que estaba allí. Y bien muerto además.

- Disculpe a Martín, comisario -terció la madre- es un poco ...directo... pero nunca miente. Si dice que vio un gato muerto, es lo que vio. Estoy segura.

-¿Cómo un gato logró burlar los sensores del zoológico de mascotas y pasar a nuestra cúpula, es muy raro? ¿y como llegó a nuestra calle, a varios kilómetros del zoo?

Martín frunció el ceño, y se pasó la lengua por el labio superior. Entonces dijo:

-No sé muy bien cómo contestarle a eso. Comisario. Pero lo seguro que lo mató algún tipo de animal salvaje de los que aparecen en los documentales de la televisión. Al pobre gato le habían rebanado la garganta. Y vi una huella de tres dedos.

-Chico, esos animales salvajes se extinguieron hace mucho tiempo, desde antes de la hecatombe, No habías nacido ni tú, ni tu madre... Quizás lo pisó una moto-bot y le cortó el cuello...

-No lo creo- dijo Martín la verdad es que no lo creo. Suena terriblemente extraño ¿Verdad comisario?

Cores se aclaró la garganta.

-Pues si, ciertamente, chico. Miró a su subalterno.

-Beto, tómale todos los datos, detalles por detalle -miró al chico- y tú dale todos los detalles y nosotros nos pasaremos con Abel para echar un vistazo.

-Abel es nuestro forense -explicó el joven policía.

Martín frunció aún más el ceño. Se daba cuenta de que la policía de una ciudad tan pequeña como Domo 4, donde nunca pasaba nada, salvo cortes de luz o destellos fugaces, no estaba acostumbrada a hechos insólitos como éste. Pero, aún así, el Jefe y su ayudante parecían estar reaccionando de una manera un tanto extraña ante lo que acababa de contarles.

-Si quieren puedo acompañarlos al lugar para enseñarles el cadáver del

gato, Jefe Cores -dijo Martín con los ojos abiertos.

-Bueno, si... la verdad... -dijo el jefe, intentando ajustar de nuevo sus lentes- No creo que eso fuera del todo correcto, chico. Al fin y al cabo, esa es una tarea policial ¿No es así?

-Eso es cierto, Jefe -apoyó Beto, y miró a Martín- Tú ya has cumplido con tu obligación. Ahora vuelve a casa con tu madre y olvídate de todo este asunto tan feo.

-No sirve de nada preocuparse por algo tan desagradable, Martín -dijo Cores- Nosotros nos ocuparemos de todo a partir de ahora.

-De acuerdo -dijo Martín- Si ese es el procedimiento habitual de la policía en Domo 4, me quedo tranquilo.

Metió las manos en los bolsillos de su campera y cruzó los dedos, como lo hacía siempre que iba a decir una mentira, una gran mentira.

-Como dicen, me voy a olvidar por completo del asunto...